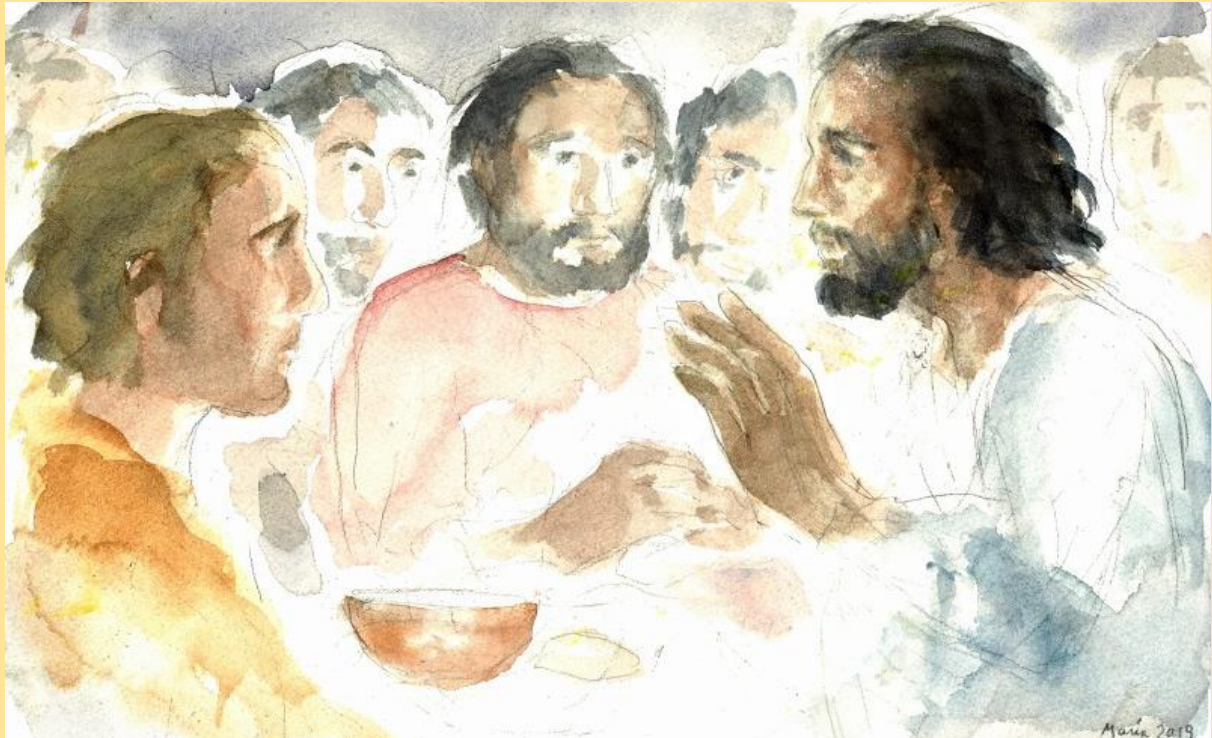


Sal y Luz

Domingo VI Pascua (C) 22.5.2022

Nº 131 Parroquia San Carlos Borromeo

El Evangelio de este domingo nos ofrece un retrato espiritual implícito de la Virgen María, donde Jesús dice: «Si alguno me ama, guardará mi Palabra, y mi Padre lo amará, y vendremos a él, y haremos morada en él» (Jn 14,23). Estas expresiones van dirigidas a los discípulos, pero se pueden aplicar en sumo grado precisamente a aquella que es la primera y perfecta discípula de Jesús. En efecto, María fue la primera que guardó plenamente la palabra de su Hijo, demostrando así que lo amaba no sólo como madre, sino antes aún como sierva humilde y obediente; por esto Dios Padre la amó y en ella puso su morada la Santísima Trinidad. Además, donde Jesús promete a sus amigos que el Espíritu Santo los asistirá ayudándoles a recordar cada palabra suya y a comprenderla profundamente (cf. Jn 14,26), ¿cómo no pensar en María que, en su corazón, templo del Espíritu, meditaba e interpretaba fielmente todo lo que su Hijo decía y hacía? De este modo, ya antes y sobre todo después de la Pascua, la Madre de Jesús se convirtió también en la Madre y el modelo de la Iglesia. (9.5.2010- BXVI).



Gesù dialoga con i suoi discepoli, Maria Cavazzini

***El Espíritu Santo os irá recordando todo lo que os he dicho
(Jn 14,23-29)***

COMENTARIO

1.ª lectura: *Hch 15,1-2.22-29. Hemos decidido el Espíritu Santo y nosotros...*

Salmo resp. 66: *Oh, Dios, que te alaben los pueblos, que todos los pueblos te alaben.*

2.ª lectura: *Ap 21,10-14.22-23: Me mostró la ciudad santa que descendía del cielo.*

Evangelio: *Jn 14,23-29: El Espíritu Santo os irá recordando todo lo que os he dicho.*

EL ESPÍRITU SANTO OS ENSEÑARÁ Y OS RECORDARÁ TODO

1.- Introducción

A las mujeres que tras el sábado llegan al sepulcro de mañana, el ángel les dice que recuerden las palabras del Maestro. La reflexión cristiana se basa en la memoria. El principio de nuestra teología no es un pensamiento abstracto sino la memoria de una Persona. La memoria puede ser el esfuerzo de evocar algo del pasado, y por tanto puede arrastrar a la nostalgia. Pero el Espíritu Santo es la memoria que nos une a la Persona recordada, instaurando una verdadera comunión. El Espíritu Santo es el amor que hace presente de forma personal a Cristo como Salvador siempre y en cada uno de nosotros. El Espíritu Santo nos recuerda, lo cual quiere decir que nos une a Cristo, Luz del mundo, separándonos de las tinieblas y de la muerte. La memoria del amor, como vínculo con Cristo, aleja de nuestro corazón toda perturbación y todo miedo, y de este modo experimentamos al Espíritu Santo como Consolador.

2.- Evangelio

Estamos llegando al final del Tiempo de Pascua, y la liturgia presenta una última parte de los llamados discursos de despedida del Evangelio de Juan. El pasado domingo se nos ofrecía el texto del mandamiento del amor, y esta semana asistimos al gran anuncio de la vida nueva del creyente, la vida en el amor de Dios.

2.1- *Haremos morada en él* (v. 23)

La riqueza que encierra este versículo nos hace pensar en Juan, el discípulo amado, que ha recostado su cabeza sobre el pecho del Señor durante la Última Cena, al tiempo que el Maestro iba descubriendo su intimidad, la intimidad de Dios dulcemente revelada a sus amigos (*Jn 15,15*). Aquel que ha escuchado atentamente la Palabra es quien nos ofrece *lo que hemos oído, lo que hemos visto*

con nuestros ojos, lo que hemos contemplado y han tocado nuestras manos (1 Jn 1,1). Aquel que es tipo del *contemplativo* de Dios, del alma enamorada de la Palabra, es el que logra recoger, en un solo versículo, la esencia de la revelación acerca de la inhabitación de Dios en el creyente. Él nos dice también: *os escribimos estas cosas para que vuestro gozo sea completo.*

Amar a Jesús se identifica, antes que nada, con guardar (gr. *teresei*) sus palabras. Es fácil recordar aquí las parábolas del tesoro y la perla (cf. *Mt 13,44-45*). Conocer a Cristo es adquirir el mayor tesoro, la mejor perla, es hallar la Vida. Tan precioso tesoro merece ser guardado amorosamente. *Guardar* sus palabras supone *crear* en Él, de modo que el que ama a Jesús es el que cree en Él. Creer en Cristo es reconocerle como Hijo único del Padre, aquel en quien está la vida (*Jn 1,4*), aquel que es la Vida (*Jn 14,6*), y *la vida eterna consiste en esto: en que te conozcan a ti el único Dios verdadero, y a Jesucristo, tu enviado (Jn 17,3)*. La Vida consiste en conocer-amar al Padre y al Hijo, lo que sólo es posible, como veremos más adelante, en el Espíritu Santo.

El que guarda las palabras de Cristo está imitando a Cristo, que guardó las palabras del Padre, le obedeció, cumpliendo en todo su voluntad. Esto es lo que encontramos al final del v. 24: *la palabra que oís no es mía, sino del Padre*. Esta es su alimento y su gloria. Por eso, al guardar las palabras de Cristo, nos hacemos hermosos a los ojos de Dios, que ve realizado en nosotros lo que predijo por los profetas: escribir su ley en nuestros corazones (cf. *Jr 31,33*). Viendo así en nosotros el rostro amoroso y obediente del Hijo, el Padre nos amará. Se estará cumpliendo en nosotros el designio eterno de Dios: tratar con los hombres para invitarlos y recibirlos en su compañía (*DV 2*). Padre e Hijo vendrán al creyente para morar en él, de modo que el hombre quedará transformado en templo santo, morada divina, esta es la visión de la Iglesia triunfante que nos ha presentado la primera lectura del Apocalipsis, en la que reside la gloria de Dios (cf. *Ap 21*). La construcción de este templo santo, la nueva creación, ha sido ya iniciada en la vida de todos aquellos que, amando a Jesús, guardan sus palabras. Todos estos cristianos son templos vivos de la Trinidad que irradian la luz (cf. *Mt 5,14*) del Resucitado sobre los hombres que *caminan en tinieblas y en sombra de muerte (Lc 1,79)*.

A estos cristianos, amantes de la Palabra, templos del Dios vivo, se oponen los que no aman a Cristo y, por tanto, tampoco guardan sus palabras. Todo este desarrollo tiene un gran paralelismo con *1 Jn 2,5-11*.

2.2- El don del Espíritu Santo

Os he hablado esto ahora que estoy a vuestro lado (v. 25), dice Jesús. Hasta entonces, los discípulos se habían acostumbrado a una convivencia con Él en términos humanos, sin embargo, ahora están escuchando que el Padre y el Hijo vendrán a morar en ellos. La sorpresa de los discípulos nos recuerda a la de María en la Anunciación, a la de Nicodemo y a la de tantos otros que oyeron el anuncio de la obra maravillosa de Dios. También nosotros preguntamos: *¿cómo será esto posible?* (Lc 1,34).

Nuevamente nos encontramos con que Juan condensa en precisas palabras lo que va a acontecer. Las palabras del v. 25 dejan claro que Jesús se va y el Padre enviará después el Espíritu Santo. Es necesario que se vaya el primero para que venga el segundo. Jesús, que había recibido en su carne el don del Espíritu Santo ante Juan Bautista (cf. Mt 3,16 y par.), es el Señor del Espíritu, lo posee, pero no lo retiene ávidamente para sí, sino que lo va a entregar en la cruz (Jn 19,30), abriendo su cuerpo para nosotros como Fuente espiritual (Jn 19,34). El Paráclito nos será enviado para enseñarnos todo, para recordándonos todo (v. 26). Él es la memoria viva de Dios en nosotros. El gran problema del hombre es que olvida a quién pertenece, olvida dónde está su tesoro, olvida su amor, porque era un amor débil y frágil. El Espíritu, vivificando continuamente nuestra memoria de Cristo, fortalece nuestro amor, nos lo enseña todo, nos enseña a quién pertenecemos gritando en nosotros *«¡Abba, Padre!»* (Rm 8,16). Es a esta llamada a la que el Padre y el Hijo acuden a nosotros y moran en nosotros.

2.3.- El don de la paz (v. 27)

Jesús distingue su paz de la paz del mundo. ¿Dónde radica esta diferencia? Para descubrirlo hay que buscar la raíz de la paz de Cristo, y ésta no se halla sino en el amor al Padre. Jesús ama a su Padre y confía plenamente en Él porque le conoce. Sabe que los designios de Dios son camino seguro para el hombre, su corazón no se acobarda, *aunque camine por cañadas oscuras, no temo, porque tú vas conmigo* (Sal 23,4).

En cambio, no es posible obtener la misma seguridad de los hombres, pues su corazón es voluble y se deja arrastrar por el pecado, mientras que el plan de Dios subsiste por siempre, los proyectos de su corazón, de edad en edad. Esta es la seguridad de donde brota la paz que abunda en Cristo. Y esta es, precisamente, la paz que Cristo deja a sus discípulos, la paz que nuevamente recibirán del

Resucitado, que hace patente la fidelidad de Dios a sus planes habiendo levantado al Hijo obediente de entre los muertos.

Esta paz verdaderamente estable es la que permite a Jesús afrontar su pasión y su muerte. Su confianza en el Padre va más allá de lo que está viendo y sufriendo. Ante los hombres, el drama de la pasión aparece como la victoria de la muerte; sin embargo, Dios muestra la verdad de este drama en la Resurrección: Cristo sale victorioso tras vencer a la muerte. Por eso, Jesús advierte a sus discípulos: *que no tiemble vuestro corazón ni se acobarde* (v. 27), recordando las palabras con que daba comienzo este discurso de despedida: *Que no tiemble vuestro corazón, creed en Dios y creed también en mí* (Jn 14,1).

Jesús comprende perfectamente el corazón del hombre, por eso no le extraña el temor de sus discípulos ante el anuncio de su partida; es más, les viene anunciando que no los va a dejar solos (Jn 14,18). Pero los discípulos se entristecen y se asustan. En el fondo, lo que nos revela Juan es que los discípulos no han comprendido en profundidad lo que Jesús les está diciendo. Por eso les dice que no le aman. A primera vista puede parecer que no hay relación entre comprender y amar, sin embargo, no es así. Amar a Jesús supone conocerle, darse cuenta de que en Él se está cumpliendo la voluntad del Padre. Esta obediencia al Padre no es sólo lo mejor para Jesús mismo, sino también para nosotros, ya nos lo dijo Juan en el prólogo: *de su plenitud todos hemos recibido gracia tras gracia* (Jn 1,16).

Amar rectamente supone desear lo mejor para el amado, y lo mejor para Jesús, y también para nosotros, es cumplir la voluntad del Padre. Y este cumplimiento supone afrontar la pasión, entregarse totalmente, amar hasta el extremo. Para ello es necesaria la separación. Había alguien que sí había comprendido lo que es amar a Jesús rectamente: su Madre, María. Ella, la discípula perfecta del Hijo se entrega al cumplimiento de la voluntad del Padre, aceptando que su Hijo debe morir. En su corazón se halla la misma paz que en Cristo, la confianza plena en el Padre, por eso puede mantenerse erguida ante la cruz y sostendrá a la Iglesia naciente.

La alegría que pide Jesús (v. 28) no es fruto de que se entregue a la muerte, sino de que va al Padre. Juan, una vez más, nos enseña a mirar más allá de las apariencias. El destino de Cristo no es la muerte, sino el Padre, desde Él nos enviará el Espíritu Santo, y entonces habitará en todos aquellos que le aman y guardan sus palabras. Por eso Jesús insiste: *Os lo he dicho ahora, antes de que suceda, para que cuando suceda sigáis creyendo* (v. 29). Jesús manifiesta así su unión con el Padre,

sabe lo que viene, no sólo lo inmediato y pasajero, es decir, la muerte en la cruz, sino lo posterior, lo que se mantendrá eternamente: la gloria de la Resurrección.

Estas palabras deben resonar igualmente en nuestros corazones, atemorizados ante los desastres de los hombres. Nuestra salvación se halla en seguir pidiendo el don del Espíritu Santo que mantenga viva en nosotros la memoria de Cristo, que nos recuerde nuestro amor primero, Jesucristo, y nuestro destino glorioso, formar parte de la Jerusalén celeste, ser templos vivos de la Trinidad, sal y luz para el mundo, sendas vivas donde otros hombres puedan caminar al encuentro con Cristo Resucitado. Sendas que han de estar unidas entre sí por el mismo amor de Cristo, por el Espíritu Santo que ha sido derramado en nuestros corazones (*Rm 5,5*), para que, viendo los hombres cómo nos amamos, crean, *y nuestro gozo sea completo*.

3.- Meditación de las lecturas de hoy

La primera lectura, tomada de los *Hechos de los Apóstoles* se refiere al así llamado «Concilio de Jerusalén», que afrontó la cuestión de si a los paganos convertidos al cristianismo se les debería imponer la observancia de la ley mosaica. El texto, dejando de lado la discusión entre «los Apóstoles y los ancianos» (*Hch 15,4-21*), refiere la decisión final, que se pone por escrito en una carta y se encomienda a dos delegados, a fin de que la entreguen a la comunidad de Antioquía (cf. *Hch 15,22-29*).

Esta página de los *Hechos de los Apóstoles* es muy apropiada para nosotros. Nos habla del sentido del discernimiento comunitario en torno a los grandes problemas que la Iglesia encuentra a lo largo de su camino y que son aclarados por los «Apóstoles» y por los «ancianos» con la luz del Espíritu Santo, el cual, como nos narra el Evangelio de hoy, recuerda la enseñanza de Jesucristo (cf. *Jn 14,26*) y así ayuda a la comunidad cristiana a caminar en la caridad hacia la verdad plena (cf. *Jn 16,13*). Los jefes de la Iglesia discuten y se confrontan, pero siempre con una actitud de religiosa escucha de la palabra de Cristo en el Espíritu Santo. Por eso, al final pueden afirmar: **«Hemos decidido el Espíritu Santo y nosotros...»** (*Hch 15,28*).

Este es el «método» con que vivimos en la Iglesia, tanto en las pequeñas asambleas como en las grandes. No es sólo una cuestión del modo de proceder; es el resultado de la misma naturaleza de la Iglesia, misterio de comunión con Cristo en el Espíritu Santo.

Hemos decidido el Espíritu Santo y nosotros... Esta es la Iglesia: *nosotros*, la comunidad de fieles, el pueblo de Dios, con sus pastores, llamados a hacer de guías del camino; junto con el *Espíritu Santo*, Espíritu del Padre enviado en nombre del Hijo Jesús, Espíritu de Aquel que es el *mayor* de todos y que nos fue dado mediante Cristo, que se hizo el *menor* por nuestra causa. Espíritu Paráclito, *Advocatus*, Defensor y Consolador. Él nos hace vivir en la presencia de Dios, en la escucha de su Palabra, sin inquietud ni temor, teniendo en el corazón la paz que Jesús nos dejó y que el mundo no puede dar (cf. *Jn 14,26-27*).

El Espíritu acompaña a la Iglesia en el largo camino que se extiende entre la primera y la segunda venida de Cristo: «Me voy y volveré a vosotros» (*Jn 14,28*), dijo Jesús a los Apóstoles. Entre la «ida» y la «vuelta» de Cristo está el tiempo de la Iglesia, que es su Cuerpo; están los dos mil años transcurridos hasta ahora; *Tiempo de la Iglesia, tiempo del Espíritu Santo*.

Él es el Maestro que forma a los *discípulos*: los hace enamorarse de Jesús; los educa para que escuchen su palabra, para que contemplan su rostro; los configura con su humanidad bienaventurada, pobre de espíritu, afligida, mansa, sedienta de justicia, misericordiosa, pura de corazón, pacífica, perseguida a causa de la justicia (cf. *Mt 5,3-10*).

Así, *gracias a la acción del Espíritu Santo, Jesús se convierte en el «camino» por donde avanza el discípulo*. «El que me ama guardará mi palabra», dice Jesús al inicio del pasaje evangélico de hoy. «La palabra que escucháis no es mía, sino del Padre que me ha enviado» (*Jn 14,23-24*). Como Jesús transmite las palabras del Padre, así el Espíritu recuerda a la Iglesia las palabras de Cristo (cf. *Jn 14,26*). Y como el amor al Padre llevaba a Jesús a alimentarse de su voluntad, así nuestro amor a Jesús se demuestra en la obediencia a sus palabras. La fidelidad de Jesús a la voluntad del Padre puede transmitirse a los discípulos gracias al Espíritu Santo, que derrama el amor de Dios en sus corazones (cf. *Rm 5,5*).

Jesús es el *misionero del Padre*. Especialmente en el Evangelio de san Juan, Jesús habla muchas veces de sí mismo en relación con el Padre que lo envió al mundo. Del mismo modo, también en el texto de hoy. Jesús dice: «La palabra que escucháis no es mía, sino del Padre que me ha enviado» (*Jn 14,24*). De manera que somos invitados a fijar nuestra mirada en él, porque la misión de la Iglesia subsiste solamente en cuanto prolongación de la de Cristo: «Como el Padre me envió, también yo os envío» (*Jn 20,21*).

El evangelista pone de relieve, incluso de forma plástica, que esta transmisión de consignas acontece en el Espíritu Santo: «Sopló sobre ellos y les

dijo: "Recibid el Espíritu Santo..."» (Jn 20,22). La *misión de Cristo* se realizó en el amor. Encendió en el mundo el fuego de la caridad de Dios (cf. Lc 12,49). El Amor es el que da la vida; por eso la Iglesia es enviada a difundir en el mundo la caridad de Cristo, para que los hombres y los pueblos «tengan vida y la tengan en abundancia» (Jn 10,10).

La Iglesia se siente discípula y misionera de este Amor: misionera sólo en cuanto discípula, es decir, capaz de dejarse atraer siempre, con renovado asombro, por Dios que nos amó y nos ama primero (cf. 1 Jn 4,10). La Iglesia no hace proselitismo. Crece mucho más por «atracción»: como Cristo «atrae a todos a sí» con la fuerza de su amor, que culminó en el sacrificio de la cruz, así la Iglesia cumple su misión en la medida en que, asociada a Cristo, realiza su obra conformándose en espíritu y concretamente con la caridad de su Señor.

Nuestro tesoro máspreciado es *la fe en Dios Amor*, que reveló su rostro en Jesucristo. Nosotros creemos en el Dios Amor: esta es nuestra fuerza, que vence al mundo, la alegría que nada ni nadie nos podrá arrebatarnos, la paz que Cristo conquistó para nosotros con su cruz. No es una ideología política, ni un movimiento social, como tampoco un sistema económico; es la fe en Dios Amor, encarnado, muerto y resucitado en Jesucristo, el auténtico fundamento de esta esperanza que produjo frutos tan magníficos desde la primera evangelización hasta hoy.

La segunda lectura nos presenta la grandiosa visión de la *Jerusalén celeste*. Es una imagen de espléndida belleza, en la que nada es simplemente decorativo, sino que todo contribuye a la perfecta armonía de la ciudad santa. Escribe el vidente Juan que ésta «bajaba del cielo, enviada por Dios trayendo la gloria de Dios» (Ap 21,10). Pero la gloria de Dios es el Amor; por tanto, la Jerusalén celeste es icono de la Iglesia entera, santa y gloriosa, sin mancha ni arruga (cf. Ef 5,27), iluminada en el centro y en todas partes por la presencia de Dios-Caridad. Es llamada «novia», «la esposa del Cordero» (Ap 20,9), porque en ella se realiza la figura nupcial que encontramos desde el principio hasta el fin en la revelación bíblica. La Ciudad-Esposa es patria de la plena comunión de Dios con los hombres; ella no necesita templo alguno ni ninguna fuente externa de luz, porque la presencia de Dios y del Cordero es inmanente y la ilumina desde dentro.

Este icono estupendo tiene un valor *escatológico*: expresa el misterio de belleza que *ya* constituye la forma de la Iglesia, aunque *aún no haya alcanzado su plenitud*. Es la meta de nuestra peregrinación, la patria que nos espera y por la cual suspiramos. Verla con los ojos de la fe, contemplarla y desearla, no debe ser motivo

de evasión de la realidad histórica en que vive la Iglesia compartiendo las alegrías y las esperanzas, los dolores y las angustias de la humanidad contemporánea, especialmente de los más pobres y de los que sufren (cf. *Gaudium et spes*, 1).

Si la belleza de la Jerusalén celeste es la gloria de Dios, o sea, su amor, es precisamente y solamente en la caridad como podemos acercarnos a ella y, en cierto modo, habitar en ella. Quien ama al Señor Jesús y observa su palabra experimenta ya en este mundo la misteriosa presencia de Dios uno y trino, como escuchamos en el Evangelio: «Vendremos a él y haremos morada en él» (Jn 14,23). Por eso, todo cristiano está llamado a ser piedra viva de esta maravillosa «morada de Dios con los hombres». ¡Qué magnífica vocación!

Una Iglesia totalmente animada y movilizada por la caridad de Cristo, Cordero inmolado por amor, es la imagen histórica de la Jerusalén celeste, anticipación de la ciudad santa, resplandeciente de la gloria de Dios. De ella brota una fuerza misionera irresistible, que es la fuerza de la santidad.

EL COMENTARIO DE LOS PADRES

SAN AGUSTÍN, *La Trinidad*, I, 9, 18

Os conviene que me vaya, porque, si no me fuere, el abogado no vendrá a vosotros. Pero esto no lo dijo porque exista desigualdad entre el Verbo de Dios y el Espíritu Santo, sino para que la presencia del Hijo del hombre no fuera para ellos impedimento cuando viniera el que no era inferior, pues no se anonadó como el Hijo, tomando forma de esclavo, pues a su vista creían que Cristo era sólo lo que veían. De ahí las palabras de Cristo: *Si me amaseis, os alegraríais, porque voy al Padre, pues el Padre es mayor que yo.* Que fue decirles: Es menester que yo vaya al Padre, porque, viéndome así y juzgando por las apariencias, pensáis que soy inferior al Padre, y, embebidos en la contemplación de la naturaleza y condición humanas, no entendéis la igualdad que poseo con el Padre (...).

El tacto pone fin al conocimiento. Y por eso no quería poner en sí el fin de un corazón apasionado, para que no se creyese que era tan sólo lo que se veía subir. Subir al Padre era ser visto como es, igual al Padre, y allí tendrá fin la visión que nos basta (...).

Y yo rogaré al Padre, y os enviará otro abogado para que siempre esté con vosotros. Luego no se retira el Espíritu Santo cuando vienen el Padre y el Hijo, y habitará con ellos en la misma mansión eternamente; porque ni Él viene sin ellos ni ellos sin Él.

SAN AGUSTÍN, *Tratado sobre la Santísima Trinidad* 15, 18, 51

Señor y Dios mío; en ti creo, Padre, Hijo y Espíritu Santo. No diría la verdad: *Id y bautizad a todas las gentes en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo (Mt 28,19)*, si no fuera Trinidad. Y no mandaríais a tus siervos ser bautizados, mi Dios y Señor, en el nombre de quien no es Dios y Señor, no diría la palabra divina: *Escucha, Israel: el Señor, tu Dios, es un Dios único (Dt 6,4)*. Y si tú mismo fueras Dios Padre y fueras también Hijo, tu Palabra, Jesucristo, y el Espíritu Santo fuera vuestro Don, no leeríamos en las Escrituras canónicas: *Envió Dios a su Hijo (Gal 4,4)*; y tú, ¡oh Unigénito!, no dirás del Espíritu Santo: *Que el Padre enviará en mi nombre (Jn 14,26)*; y que yo enviaré de parte del Padre (*Jn 15,26*). (...) Cuando arribemos a tu presencia, cesarán esas muchas cosas, que ahora hablamos sin entenderlas, y tu permanecerás todo en todos, y entonces modularemos un cántico eterno, loándote a un tiempo unidos todos a ti. Señor, Dios uno y Dios

Trinidad, cuanto con tu auxilio queda dicho en estos mis libros, conózcanlo los tuyos; si algo hay en ellos de mi cosecha, perdóname tú, Señor, y perdónenme los tuyos. Así sea.

SAN PEDRO CRISÓLOGO, Sermón sobre la paz

La paz, amadísimos hermanos, es la que despoja al hombre en su condición de esclavo y le otorga el nombre de libre, y cambia su situación ante Dios, convirtiéndolo de criado en hijo, de siervo en hombre libre. La paz entre los hermanos es la realización de la voluntad divina, el gozo de Cristo, la perfección de la santidad, la norma de la justicia, la maestra de la doctrina, la guarda de las buenas costumbres, la que regula convenientemente todos nuestros actos. La paz recomienda nuestras peticiones ante Dios y es el camino más fácil para que obtengan su efecto, haciendo así que se vean colmados todos nuestros deseos legítimos. La paz es madre del amor, vínculo de la concordia e indicio manifiesto de la pureza de nuestra mente; ella alcanza de Dios todo lo que quiere, ya que su petición es siempre eficaz. Cristo, el Señor, nuestro Rey, es quien nos manda conservar esta paz, ya que él ha dicho: La paz os dejo, mi paz os doy (*Jn 14,27*). Lo que equivale a decir: Os dejo mi paz y quiero encontraros en paz; lo que nos dio al marchar quiere encontrarlo en todos cuando vuelva.

SAN AGUSTÍN, *Comentarios sobre el evangelio de San Juan 77, 3.5*

Nos deja la paz en el momento de partir, y nos dejará su paz cuando venga al fin del mundo. Nos deja la paz en este mundo, nos dará su paz en el otro. Nos deja su paz, para que permaneciendo en ella, podamos vencer al enemigo; nos dará su paz cuando reinemos libres de enemigos. Nos deja su paz para que aquí nos amemos unos a otros; nos dará su paz allí donde no podremos tener diferencias. Nos deja su paz para que no nos juzguemos unos a otros acerca de lo que desconocemos, mientras vivimos en este mundo; nos dará su paz cuando nos manifieste los pensamientos del corazón, y cada cual reciba entonces de Dios su alabanza (*1 Co 4,5*). En él y de él tenemos nosotros la paz, sea la que nos deja al irse al Padre, sea la que nos dará cuando nos haya conducido al Padre. Pues, ¿qué es lo que nos deja al partir de nuestra tierra sino a él mismo que no se aparta de nosotros? Él es nuestra paz que hizo de dos cosas una sola (*Ef 2,14*). Él es nuestra paz, no solo cuando creemos que es, sino cuando le veamos como él es (*1 Jn 3,2*). (...) La paz que nos deja en este mundo es más nuestra que suya. Él, al no tener pecado alguno, nada tiene dentro de sí mismo que le lleve la contraria; nuestra

paz, en cambio, es aquí de tal naturaleza, que aún tenemos que decir: Perdónanos nuestras deudas (*Mt 6,12*). Tenemos cierta paz porque nos deleitamos en la ley de Dios según el hombre interior; mas no es completa, porque advertimos en nuestros miembros otra ley que se opone a la ley de nuestro espíritu (*Rm 7,22-23*). (...) Lo que el Señor añadió al decir: Yo no os la doy como la da el mundo (*Jn 14,27*), ¿qué otra cosa significa, sino: yo no os la doy como la dan los hombres que aman el mundo? Ellos, en efecto, se dan la paz para gozar, no de Dios, sino del mundo, sin las incomodidades de los pleitos y las guerras. Y cuando dan la paz a los justos, cesando de perseguirlos, no puede tratarse de una paz verdadera, porque están desunidos los corazones. Pues, así como se llama consorte a aquel que une a otro su suerte, se llama concorde al que tiene su corazón unido a otro. Nosotros, amadísimos, nosotros, a quienes Cristo deja la paz y da su paz, no como la da el mundo, sino como la da el que hizo el mundo, para lograr la concordia, unamos nuestros corazones en uno solo y levantémoslo al cielo para que no se corrompan en la tierra.

CARTA A TEODORO

Querido Teodoro:

¡Que el Señor que ha rescatado su pueblo esté siempre contigo!

Gracias por tu última carta donde me cuentas cómo el Señor ha estado grande contigo y que estás muy alegre. En medio de esta ola de calor inusual, el Señor quiere soplar su «brisa suave» que todo lo hace nuevo.

Si te has acercado a las lecturas de este domingo... ¿Te has fijado en la grandeza del anuncio de Jesús a los discípulos? Dios quiere hacer del hombre lugar de su morada. ¡Qué grande la dignidad del hombre! Desde esta mirada de fe, resulta tremendamente grave contemplar las continuas atrocidades que vemos realizar a los hombres. En lugar de ayudar a los hombres a tomar conciencia de su dignidad, se los humilla hasta límites insospechados. Pero no sólo son las imágenes que vemos en TV o en la prensa, son muchos los ancianos, enfermos, abandonados, que han sido rechazados. ¡Qué urgente nuestra labor de ir en busca de tantos hermanos nuestros para devolverles su dignidad! Una visita, una pregunta, una mirada, una caricia...

Recuerdo una experiencia que me contaba una amiga: había ido a un lugar de acogida de transeúntes gravemente enfermos, le impactó tanto que al principio fue incapaz de hacer nada y se refugió en una capilla. Pasado un rato, logró acercarse a una anciana enferma, simplemente le cogió la mano, le acarició el brazo y la anciana la miró y la sonrió. Mi amiga quedó profundamente impresionada y agradecida. Nos decía precisamente lo que te comentaba: ¡cuánto tiempo habría estado aquella mujer sin recibir una caricia! Nosotros, fortalecidos por la presencia del Espíritu Santo, debemos esmerarnos en prodigar cuidados a tantos hambrientos de cariño. Así, devolveremos la dignidad a muchos que la han perdido, así embelleceremos los templos que Dios se ha elegido, así encontraremos la paz, esa paz que brota de la fe, de cumplir la voluntad del Padre, como Jesús, yendo en busca de los pobres.

Actuando así embellecemos no sólo el *templo* del hermano, sino el nuestro mismo, con la más hermosa de las virtudes: la caridad. Esta es la prueba de que guardamos las palabras de Jesús y que en nosotros se halla Dios, para que otros muchos, que no saben dónde buscarlo, puedan encontrarse con Él en nosotros.

Bueno, me despido, encomendándote que pidas por todos aquellos que se hallan en las situaciones de que hablábamos, para que el Señor, por medio nuestro, los consuele.

Recibe un fuerte abrazo de tu amigo,
Doroteo

P.D: te dejo con un texto precioso de Romano Guardini.

Después de la Ascensión de Jesús al cielo, el Espíritu Santo crea en el hombre una apertura, un espacio interior, en el que puede penetrar el Señor transfigurado. Ahora, en el Espíritu Santo, él está en nosotros, y nosotros en Él. En Él, nos presentamos ante el Padre como conocidos y conocedores, llenos de su palabra y capaces de devolvérsela (...).

Todo esto hace referencia a una realidad incomprensible: a la nueva creación, al hombre nuevo, a los nuevos cielos, a la nueva tierra. Será el universo resucitado. En él se instaurará y reinará definitivamente esa situación que hemos intentado adivinar. Entonces, todo quedará abierto; habrá una apertura infinita, que conserve el universo entero en su pureza y dignidad. ¡Todo será de todos! Y cada uno estará en el otro; pero todo conservará su propia figura, en plena libertad y absoluto respeto. Todo será uno. Así lo dijo el propio Jesús, cuando se entregó totalmente a los suyos en el misterio de la Eucaristía. Todo deberá ser uno, con la unidad del Padre que está en el Hijo, y el Hijo en el Padre. Igual que ellos son uno en el Espíritu, también los hombres deberán ser uno en Cristo, por la acción de ese mismo Espíritu (Jn 17,22s). Entonces, el misterio de la sagrada vida trinitaria penetrará y gobernará todas las cosas, y será todo en todos. Entonces, la creación entera quedará asumida en la propia vida de Dios; y sólo entonces, llegará a ser plenamente ella misma. Eso será obra del Espíritu, que transformará toda la creación en esposa del Cordero (Ap 21,9).

Romano Guardini, *El Señor*, 542-544.